

CETRERÍA

Lances en Alas del Viento

ANDRÉS LÓPEZ SÁNCHEZ



PRÓLOGO DESDE LA RAZÓN

Por Javier Ceballos Aranda

*Comendador de la Orden del Mérito Civil por su aportación a la Cetrería.
Premio Extraordinario de Doctorado por su tesis sobre Cetrería en España
(Universidad Politécnica de Madrid)*

Es para mí una enorme satisfacción haber leído el manuscrito y todo un honor ser invitado por su autor a compartir mis reflexiones en su presentación. Este mensaje que tanto puede abundar en prólogos de las publicaciones más variadas, en mi caso lo escribo con toda la intención.

He disfrutado hasta lo más hondo leyendo este libro de Andrés López. La cetrería es un arte cinegético. Habitualmente las diferentes publicaciones sobre el tema dedican la mayor parte de sus páginas a repasar el equipamiento necesario, los tipos de aves que se pueden emplear, las fases en su adiestramiento... y una vez llegan al cogollo, es decir, a la caza, parece como si los autores pasaran de puntillas por lo que precisamente debiera ser la esencia de la obra. Sin embargo, lo que aquí prosigue es nada más y nada menos cetrería en estado puro. Sólo por este planteamiento el trabajo merece el mayor de los elogios. Esta obra, sin pretenderlo, constituye un alegato de lo que es la cetrería.

Este libro supone una sólida aportación a la bibliografía cetrera española. El autor triunfa en la forma y en el fondo. Los lectores que se inician en esta disciplina soñarán con lances aparentemente imposibles, viendo que con tenacidad y curiosidad se consigue casi todo. Quienes ya "peinen canas" disfrutarán recordando situaciones similares o descubriendo paralelismos. En cualquier caso degustando cetrería con mayúsculas.

El autor nos comparte valores y emociones, los dos motores de cualquier pasión. En consecuencia consigue una obra atemporal y universal. Apenas marca fechas o menciona nombres de personas. Sus protagonistas son las aves, sus presas y los colaboradores de cuatro patas. Sus capítulos son fragancias de una vida cetrera. Pequeños envases para grandes esencias. Pocas páginas por cada compañero alado, pero intensos lances, vivencias y aprendizajes.

Andrés lleva en su morral tres elementos que difícilmente se ven juntos en un cetrero español. En primer lugar, ha volado durante tres décadas, sin fallar una sola temporada. Al ser autodidacta lo ha tenido difícil desde el inicio. Sin embargo, al igual que sucede en el campo, quienes superan las primeras temporadas acaban atesorando los recursos necesarios para desarrollarse y convertirse en la mejor versión de sí mismos. Así como la selección natural hace que una perdiz de enero sea más perdiz que una de septiembre, un cetrero que se mantiene en activo con tanto pundonor acaba alcanzando la excelencia. El viento, frío, tormentas, y/o la falta de alimento afrontados por la patirroja son comparables a los días sin dormir para unirse al grupo de compañeros, los miles de kilómetros recorridos para acceder a los cotos, o los muchos contratiempos por superar. A menudo se expone que la cetrería es un estilo de vida. No siempre resulta fácil de explicar a quien la desconoce. Sin embargo se entiende maravillosamente bien leyendo este libro.

El autor no se ha decantado en practicar el alto o el bajo vuelo. Ha volado prácticamente todas las aves de cetrería españolas cazando regularmente con todas ellas. Alcotanes como "Tuareg", cernícalos como "Luna", azores como "Jara", "Ronda", "Saja", "Ira", "Raza", "Traviata", "Dama", peregrinos como "Niebla", "Triana", "Jimena", "Pas", "Boira", "Vega", "Torca", "Frontera", "Villano", "Toja", "Jerellana", "Bahía", esmerejones como "Ras", gavilanes como "Seda", "Sombra", "Bureba", "Aldea" e incluso Harris como "Chavela"... han hecho equipo con diferentes perros (Cholo, Sita, Senda, Sur, Pol, Na, Key, Flick,...) para cazar miles de presas de las especies cinegéticas más variadas. Desde la esquiva avefría al peligroso cuervo, pasando por perdices, urracas, estorninos, cornejas, torcaces, codornices, zorzales, liebres, conejos, azulones, cercetas, silbones, cucharas... Muy pocos cetreros pueden hablar con tanta propiedad y autoridad.

Como segundo criterio nos encontramos ante un referente que a su vez es maestro. En la cetrería española no abundan ya que maestro no es el que sabe, sino quien enseña. Hago distinción entre referente y maestro porque me parece importante. Lo uno no implica lo otro. No es lo mismo aprender de alguien (todos a la larga aprendemos de los demás) que contar con la determinación de enseñar creando escuela. Para ser maestro es preciso ya no sólo saber, sino motivar al discípulo a aprender por sí mismo. Ser referente manteniendo la humildad. La prepotencia aleja la receptividad y por tanto dificulta el aprendizaje. Los discípulos muestran la valía y legado de sus maestros. Andrés tiene matrícula de honor en este campo. Leyendo el capítulo de "Blue" vemos cómo su hijo y pupilo, en la primera temporada con su primer harris, cazó más de cuarenta perdices y una docena de conejos. En la siguiente pasaron de las sesenta perdices y la docena de conejos. Sobran las palabras.

En cierta ocasión, durante un curso de cetrería, uno de los alumnos me hizo un comentario que me repito regularmente. "*En la vida hay dos cosas que podemos dar a los demás sin perderlas; El Amor y el Conocimiento*". ... ¡Y qué razón tenía! Compartir el conocimiento además de suponer una enorme satisfacción personal constituye la clave para su cultivo. Quien no participa lo que sabe se autolimita y se estanca. Contrastar conceptos, opiniones, planteamientos con quien sabe más y con quien sabe menos que nosotros, es un continuo motor para el aprendizaje. El autor es generoso en reflexiones. Son espejo de su evolución como cetrero y como persona.

Atendiendo al tercer elemento en el morral de Andrés López, y para redondear, resulta que además sabe escribir. En la lectura de su obra disfrutamos de facilidad de expresión, rico vocabulario, análisis, interpretación de cuanto acontece, ... todo es relatado con una exquisita prosa que hace de su lectura el mayor de los deleites. Emociona hasta la lágrima al compartir su tristeza. Invita a la sonrisa describiendo situaciones con su fino humor. Anima a releer pasajes donde analiza acertadamente la actuación de cada artista en el lance. Ilustra con su riqueza de términos los parajes más anodinos. Las frases resultan de lo más elocuentes. El lector se encuentra acompañando cada uno de los lances.

Me encanta de este libro cómo Andrés desgrana y expone con frescura y naturalidad los esfuerzos y contratiempos que conlleva el camino. Participa su forma de entender la cetrería. Nunca más de dos aves, para dedicar en ellas toda la atención posible. Emplea aquellas que tiene a su alcance, en ocasiones incluso desechadas por otros compañeros. Se evidencia una gran verdad. Hay malos cetreros pero no malas aves. De hecho el nivel de un cetrero habría que medirlo por la peor de sus aves, ya que manejando muchas siempre habrá alguna que despunte, aunque no sea por méritos de su maestro. Andrés incorpora en el equipo a sus inseparables perros e incluso al hurón y al caballo. Su forma de hablar de ellos muestra hasta qué punto los conoce y los ama.

A veces nos cuesta reconocer la gloria en los demás. Surgen enseguida envidias, celos y comentarios buscando descalzar el triunfo ajeno; "Lo tiene fácil porque cuenta con muchos cotos y buena caza", "como tiene tiempo libre se dedica mejor a sus pájaros"... En fin, como ya dijo un sabio "No es que no me atreva porque me estoy haciendo viejo. Me estoy haciendo viejo porque no me atrevo", o dicho en otras palabras quien quiere hacer algo encuentra un medio. Quien no quiere hacer nada encuentra una excusa. Nadie regala nada. Los éxitos son fruto de la entrega a la causa intentando agradar a propios y a extraños.

Leyendo "Cetrería, Lances en Alas del viento" nos vemos reflejados quienes hacemos de esta pasión una forma de entender la vida. Desde una humildad que por lo exagerado raya en el absurdo, en su redacción reconocemos a un referente de la cetrería española. Orgullosos estamos de tener un cetrero de esta envergadura como presidente de la Asociación Española de Cetrería.

Llegados a este punto considero interesante resaltar el ensalzamiento que hace de las presas. Sin ellas no habría aves de cetrería. Sin presas no habría cetreros. Sus especies han evolucionado durante muchos miles de años para contar con los recursos necesarios en la huida de sus predadores. Su valía depura a los cetreros y a nuestras aves. Andrés nos lo cuenta con frases magistrales:

“Unas fueron duramente acuchilladas y muertas por el peregrino tras un picado perfecto, otras trabadas antes de poder perderse en los espesos ribazos de paja y las menos, cobradas por los perros después de ser mortalmente heridas. Todas contaron, cada una de ellas nos hizo disfrutar enormemente, nos enseñó algo, sobre todo aquellas que escaparon en el último momento dejándose caer en el tupido rastrojo o en la maraña salvadora de las lindes. Esas especialmente nos hicieron ser mejores.”

De hecho las presas del campo sirven de criterio para diferenciar a un cetrero de un entrenador de halcones que se limita a capturar palomas de escape. Un animal silvestre conoce su terreno y sus posibilidades. De ello depende que siga vivo. Cuenta además con la ayuda solidaria de sus congéneres para descubrir el peligro que llega. Por ello hemos de agradecer al campo (quienes creemos en Dios también a su creador) que nos regale la culminación del lance. Su vida nos hace ser más cetreros. Acrecienta nuestro vínculo con el aliado del aire. La sensación pasajera y real de estar volando esa presa que parece ser la primera y pudiera ser la última. Coexisten entonces los dos extremos, éxito y frustración a ambos márgenes de la alianza con nuestra ave. En la aparente vulnerabilidad, en lo que parece ser frágil, es donde precisamente reside la razón de la cetrería. Conseguir con un “ave urbanita” que una presa silvestre nos entregue su vida es todo un reto que requiere observación, perseverancia y trabajo en equipo. Resulta extremadamente arduo. Unas veces se gana y otras se aprende. Así vamos ganando experiencia, entendiendo por experiencia, como ya expuso Aldous Huxley, “no lo que nos sucede sino lo que hacemos con lo que nos sucede”. Demos entonces un homenaje a las presas. Acortemos su sufrimiento. Dedicemos una reflexión de agradecimiento cada vez que llenamos con ellas el morral. Sencillos gestos como éste además alimentarán nuestro sentimiento de pertenencia a la comunidad cetrera. Cetreros de las más variadas culturas, compartimos emociones y valores que perduran y merecen seguir perdurando a través del tiempo. No estamos solos ni hacemos algo raro. Somos un eslabón de una larga cadena reconocida por la propia UNESCO como Patrimonio de la Humanidad.

La cetrería española apenas es conocida en el extranjero. Las competiciones de altanería para capturar palomas de escape con frecuencia resultan la carta de presentación de nuestro país. Celebro y agradezco el esfuerzo del editor lanzando la publicación de esta obra también en inglés. Se amplía enormemente el potencial número de lectores. Libros como éste muestran que más allá de lo mediático un esforzado y discreto grupo de entusiastas mantienen los valores de la cetrería en toda su integridad.

Como nos participa Andrés, hablando de los lances de altanería a codornices:

... algunas mañanas fui viento, otras, luz, puede que nube, junquera, ajedrea, bruma o charco, pointer o halcón, grifón o codorniz, fui dichoso, parte del campo, tal vez como nunca tanto en mi vida, cetrero.

Anima pensar que en España y en el resto del mundo “puedan existir más Andrés”, que aún sin contar con el don de la escritura viven la cetrería de forma tan madura y apasionada. En su legado está el garante de transmisión a las siguientes generaciones de nuestra forma de entender la vida, cazando en alas del viento.

Javier Ceballos Aranda

Madrid, 28 de febrero 2013